

Discurso del Presidente de la República en Inauguración año académico Instituto de Chile

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, RICARDO LAGOS,
EN INAUGURACIÓN DEL AÑO ACADÉMICO DEL INSTITUTO DE CHILE

Santiago, 26 de marzo de 2001

Es para mí un honor llegar a esta casa para inaugurar el año académico del Instituto de Chile, esta institución fundada en 1964, sobre la base de las disciplinas largamente enraizadas en la vida cultural nacional.

Aquí, en el Instituto y sus academias, se unen las disciplinas orientadas a incrementar la capacidad humana de conocer, de modificar el entorno del punto de vista de la racionalidad instrumental y otras formas de conocimiento, como son las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Ciencias sociales, humanidades y artes

Este Instituto, en cierto modo, su formación y su fundación, es expresión del avance que las distintas disciplinas han tenido a lo largo de nuestra historia como República. Su culminación en 1964 es un reconocimiento a lo que desde muy distintas instituciones, en particular nuestro sistema universitario, fue capaz de ir generando y produciendo.

La expresión de todas estas academias en un Instituto es la conjunción para tener en un lugar físico, la expresión más excelsa tal vez de lo que es capaz el genio humano de dar. Y, por qué no decirlo, un reconocimiento de Chile a lo que hemos sido capaces de hacer en el avance de estas disciplinas a lo largo de nuestra historia.

¿Cómo contribuir al desarrollo cultural de la nación?, es tal vez uno de los temas esenciales de este Instituto.

Cada una de estas disciplinas son vitales para dar sentido a los avances de la sociedad, esta nueva sociedad de la información y sus tecnologías, al debate país, a las políticas públicas, a las diversas decisiones del Estado en el ámbito de la ciencia, la cultura, las bellas artes, la tecnología.

Más aún, en cada una de estas disciplinas es donde se plantean las preguntas y se buscan las respuestas que las comunidades y las personas necesitan para vivir una vida plena de sentido, los para qué y los por qué, que han acompañado al ser humano a lo largo de su historia. Es aquí, como en ningún otro lugar, los para qué y los por qué adquieren su dimensión más profunda y más importante.

Esta actividad intelectual y estética supone un esfuerzo particularmente exigente en los tiempos actuales. La profundidad de los cambios que vivimos tiene una dimensión cultural ineludible, en un contexto que con un ímpetu arrollador modifica hábitos y creencias, propone modos de ser y hacer nuestra humanidad, que son profundamente innovadores. Es por eso que nuestra identidad como país se juega precisamente en la

intersección entre tradiciones e innovaciones.

Alguien ha recordado que los cambios que estamos teniendo lugar son muy difíciles de poder aprehender en un momento, porque son tal vez similares a aquellos que hace 500 años atrás surgieron en el mundo como resultado de la invención de la imprenta en el mundo occidental.

Es muy difícil prever cómo habría sido nuestro desarrollo sin la imprenta, y tal vez a pocas décadas de inventada la imprenta, habría sido muy difícil poder prever el desarrollo que este invento iba a tener en las distintas disciplinas científicas, de lectura, humanista, artísticas, culturales.

Hoy tal vez pase algo similar. Los cambios que están teniendo lugar al estar inmersos y todavía no han concluido, se hace tremendamente difícil prever cómo van a modificar nuestros hábitos y creencias, pero es tal vez allí donde tenemos que ser capaces de combinar la tradición de lo que ya conocemos, con la innovación de un mundo que no conocemos, salvo que será distinto al mundo de hoy.

Chile y la revolución del conocimiento

Debemos, entonces, asumir con imaginación los cambios del mundo actual y detener la acelerada ampliación de la llamada brecha científico-tecnológica que se da entre países de muy distinto desarrollo, y de muy distinto tamaño.

Podemos desde nuestra individualidad de nación conectarnos a la red global, beneficiarnos de sus grandes flujos de información, acceder a través de ella al mejor y más amplio conocimiento del ser humano producido en los más remotos confines del mundo, podemos hacer uso de los mercados disponibles en toda la faz de la tierra.

Una muy modesta escuela primaria nuestra, se accede a Internet, tiene a su disposición todas las enciclopedias y el acceso a sus niños a todos los museos del mundo. Es algo que difícilmente habiéremos podido visualizar 20, 30, 50, para qué decir, 100 años atrás.

Pero no seremos protagonistas reales de este proceso mundial de transformación cultural, ni daremos respuesta a las necesidades más urgentes de nuestro país, si no aportamos a esta transformación, nuestra propia identidad, nuestro propio conocimiento creativo. Y es aquí, en la búsqueda de lo que somos, nuestra propia identidad, nuestro propio conocimiento creativo, donde ahora hay un rol muy esencial para este Instituto de Chile.

Este desafío implica, para toda la inteligencia y para la sensibilidad de nuestro país, asumir un nuevo y más potente protagonismo.

Es nuestra voluntad y compromiso cambiar radicalmente la mirada sobre muchas de estas materias.

- Debemos ser capaces de mirar al país y el mundo como un espacio de alianzas, como un flujo de talentos y posibilidades de excelencia, más que de nuestras particulares individualidades a las cuales estamos acostumbrados hasta ahora.

- Debemos mirar el país desde su diversidad territorial. Cómo dar a las regiones posibilidades similares para que puedan desarrollar las capacidades necesarias, entendiendo que el punto de partida de las mismas es muy diverso de lo que tenemos acá en la Región Metropolitana.
- Mirar la educación, de los esfuerzos que hacemos con los más pequeños hasta la enseñanza de postgrado, como una línea continua de descubrimiento y formación de talentos. Y, en consecuencia, en esa línea continua tiene que haber una debida coherencia tanto desde lo que hacemos en la educación pre-básica, como los desafíos que tenemos en la formación del postgrado. Porque es una línea continua debemos, entonces, definir una política acorde a lo largo de la formación de cada uno de nuestros niños, jóvenes, o jóvenes científicos mañana.

Y aquí quisiera plantear, como un punto ineludible, la ampliación y mejoramiento de la educación de postgrado, y quisiera plantear aquí muy especialmente en el ámbito doctoral.

Buena parte de los que conforman este Instituto son doctores, han alcanzado en su respectiva disciplina el nivel de excelencia académico superior. Sin embargo, hoy día en Chile se gradúan alrededor de 50 doctores por año, cantidad tremendamente insuficiente cuando nos comparamos con otros países similares, no en tamaño, por cierto, pero en desarrollo científico-tecnológico. En Brasil se gradúan 2.500 doctores por año; en Argentina, 400; en México, 700.

Si actuamos con realismo, creemos que triplicar esta cifra de 50 en los próximos cinco años es un objetivo razonable, e intentar volver a triplicar de aquí al 2010 también, si la primera etapa la hacemos a plenitud.

Debemos actuar con parámetros homogéneos, con una política común en esta materia. Aquí, debemos incentivar la cooperación entre nuestras universidades e involucrar decididamente en este esfuerzo a las instituciones del Estado, de la sociedad civil y a las empresas públicas y privadas.

Cuando hablo de incentivar la cooperación, hablo de la necesidad de comprender que nuestras principales universidades es en el ámbito del postgrado donde van a poder definir lo que es su rol a futuro.

Así como en el pasado fue la enseñanza de tercer grado el elemento determinante, en el futuro será en el cuarto nivel donde el país se va a jugar su capacidad real de poder tener avance en estas materias.

Pero debemos ser capaces de ir más allá. Cómo proveer a nuestros estudiantes doctorales maneras de participar de lo que sucede en los grandes centros mundiales. Para ello, como ya sucede de manera aislada en algunos programas nacionales, debemos dar las facilidades para que nuestros doctorandos tengan estadías de mediana duración durante el desarrollo de sus investigaciones en centros extranjeros de excelencia.

No basta, en consecuencia, con lo que seamos capaces de enseñar aquí. El mundo, particularmente el mundo científico, se achica día a día y nuestros doctorandos tienen que ser capaces de participar a plenitud en ese mundo que se hace cada vez más estrecho y pequeño.

Para hacer realidad éstas y otras aspiraciones debemos obviamente dar dignidad a los estudiantes, otorgar becas y facilidades de base para que realicen sus estudios en condiciones adecuadas. Este año, a través de CONICYT, se aumentaron en un 60% las becas de doctorado respecto al año anterior. Hemos mejorado las condiciones de los becados, aumentando el monto de las becas. Sin embargo, lo que queda por caminar es demasiado grande, y me temo que aquí se juega buena parte del desafío y la capacidad de desarrollo científico de Chile.

Investigación en ciencia y tecnología

Por ello también que me parece esencial aumentar lo que hasta ahora es el presupuesto de FONDECYT. Lo hemos hecho, y esperamos poder incrementar el número de proyectos regulares, como este año, de 280 a 304.

Estos proyectos son de crucial importancia para desarrollar el abanico de investigaciones de calidad del país en todas las disciplinas científicas y tecnológicas, teniendo como criterio de selección el único que nos parece posible: la calidad de la oferta, medida precisamente por sus pares. No hay otro.

Sector privado

Junto con el esfuerzo público, tenemos que ser capaces de adentrarnos en la capacidad de generar un esfuerzo significativo en el ámbito privado. Es cierto, podemos decir que este año el presupuesto de ciencia y tecnología aumentó en un 23%, cuando señalamos que aspirábamos a duplicar lo que estábamos haciendo en un periodo de 6 años, hemos tenido un buen comienzo. Alguien me podrá decir, con un cálculo matemático muy simple, que en que verdad el punto del cual partimos es muy bajo, y por lo tanto aumentar un 23% no es un gran desafío.

Sin embargo, estamos ciertos que todos los esfuerzos que hagamos van a ser insuficientes si no logramos el concurso de esto como una gran empresa nacional, y de la empresa nacional.

La participación del sector privado en ciencia y tecnología en Chile es extraordinariamente bajo cuando lo comparamos por patrones internacionales. Hoy día es del orden del 20%.

Cómo modificamos esta proporción y cómo hacemos de modificar esta proporción una tarea crucial, difícil, pero esencial para poder tener un horizonte adecuado y esencial del punto de vista del país.

Necesitamos que este capital humano altamente calificado que estamos formando encuentre también su lugar en las respectivas empresas. No es sólo la universidad el destinatario final de nuestros doctorandos. Así no se entiende el avance científico y tecnológico en el mundo de hoy.

Y para esto, entonces, es vital crear los mecanismos que permitan la inserción de inteligencia en las empresas, así como la posibilidad de que jóvenes profesionales puedan emprender aventuras empresariales en materia científica y tecnológica.

Chile necesita que sus empresas crezcan, que sean cada vez más competitivas, no sólo en la prestación de un buen servicio, sino que disputen su liderazgo dando la batalla en la frontera del conocimiento, que es precisamente donde más importa.

Regiones

Junto a lo anterior, creo que tenemos que hacernos cargo del desarrollo equilibrado de ciencia y tecnología en todo el territorio nacional.

Buena parte de nuestro desarrollo científico, tecnológico, humanista, en bellas artes, social, cultural, tuvo lugar fundamentalmente en el siglo XIX en esta Villa de Santiago. Después, a comienzos del siglo XX, un desarrollo incipiente en Valparaíso y Concepción. Sólo a mediados del siglo XX se planteó la posibilidad de una universidad austral.

En otras palabras, la forma cómo desde el centro del país nos fuimos expandiendo para cubrir que también el territorio nacional sea capaz de tener un desarrollo científico y tecnológico, fue expresión del desarrollo intelectual y cultural de Chile.

Sin embargo, la formación de científicos del más alto nivel implica también capturar los talentos que pueden, deben y existen en regiones

Este es tal vez un desafío mayor. Cómo somos capaces de pensar al país también desde la región, en qué medida un científico, un académico, un cultor de las bellas artes, puede mirar a Chile desde la región y en qué medida, probablemente, porque lo mira desde una óptica distinta, va a ser capaz de enriquecer con su mirada diferente lo que somos capaces de generar desde el centro del país.

Los países verdaderamente desarrollados, son aquellos que logran que su desarrollo llegue a todos los rincones, que tienen una red científica y tecnológica en donde a partir de la conectividad que permiten las nuevas tecnologías, esta conectividad permite que el desarrollo sea verdaderamente regional y no centrado en determinados lugares.

Es esto tal vez lo que nos obliga, creo yo, a tener que definir una tarea más concreta.

Y ésta es la razón por la cual este año se comenzarán a desarrollar nuevos programas que apunten a fortalecer el desarrollo de ciencia, tecnología, cultura, bellas artes, a lo largo de todo el país, y que sigue el camino abierto por iniciativas similares y que se están realizando en algunas regiones como la Primera y la Octava.

En este contexto, algo muy importante es cómo somos capaces de hacer que ámbitos como ciencia, tecnología, bellas artes, sean objeto del debate de los propios consejos regionales que hoy existen en cada una de las regiones del país. Si hemos avanzado en la descentralización, en qué medida el destino de recursos financieros del Estado no pueden provenir sólo del gobierno central, sino también del gobierno regional.

Hoy, excúsenme que lo diga, en los gobiernos regionales los grandes debates tienen que ver con obras de infraestructura, con implementación en el ámbito de escuelas u

hospitales, pero muy poco con ciencia, tecnología y cultura.

Si estamos planteando desde aquí el generar programas para el desarrollo de regiones, en qué medida debemos potenciar aquellas regiones donde también sus propios gobiernos regionales que tienen autonomía están en condiciones de dar paso a este nuevo tipo de expectativas que hoy día existen.

Este es un elemento que me parece muy importante a futuro. Si son nuestras regiones las que no comprenden que tienen que tener también un tipo de desarrollo allí en la región en el ámbito científico, tecnológico, cultural, difícilmente se va a poder imponer desde el centro. Aquí se requiere, en consecuencia, modalidades que nos permitan expandir y descentralizar desde una perspectiva tanto geográfica como institucional la distribución de recursos humanos, financieros y materiales para la investigación y desarrollo.

Aquí hay un amplio campo para iniciativas como las que se hacen desde este Instituto, en donde entre sus académicos hay muchos que provienen de regiones, y en qué medida cada una de estas academias podrían pensar algún tipo de actividades que desarrolladas desde la región permitan enriquecer la perspectiva científica que allí se da.

El que ellas comprendan que ciencia y tecnología es tan importante como la construcción de un camino o un puente que a ratos aparece con mayor premura.

Como expresión del avance en esta perspectiva, quisiera destacar que en el último concurso de investigación y desarrollo de FONDEF, hubo un alto índice de descentralización de los proyectos adjudicados, quedando el 62% de los fondos en regiones.

Si estamos haciendo este esfuerzo desde el gobierno central, mayor razón para incentivar que pueda haber una política de desarrollo científico también desde cada uno de los gobiernos regionales que hoy día existen y que tienen recursos significativos.

Soñamos entonces, que miremos lejos para ver un país con nuevos polos regionales de excelencia. No son países verdaderamente desarrollados aquellos que concentran la excelencia académica, científica o artística en determinados lugares del territorio. Y este país creo que está en condiciones, así como fuimos capaces de generar una red universitaria a lo largo del territorio, así también debiéramos ser capaces de pensar en centros de excelencia a nivel de cada una de nuestras regiones para potenciar el desarrollo científico, cultural, que es esencial.

Centros de excelencia y relaciones internacionales

Junto con lo anterior, debemos potenciar los Centros de Excelencia que existen en el país. Estos Centros de Excelencia no están destinados a suplantar otros esfuerzos o instituciones; su papel es potenciar grupos de mediano tamaño, donde cada uno de sus participantes sea de reconocida calidad, de modo que el producto científico y tecnológico sea más que la suma de las partes, y que éste aporte a la formación y a las necesidades del país. Si deseamos que el impacto sea mayor, debemos medirnos sistemáticamente con los parámetros de la ciencia a nivel mundial.

Estos centros tienen que incidir directamente en la formación de jóvenes científicos, y cómo hacemos una interacción entre estos centros con nuestras Universidades a nivel de formación de postgrado, y muy particularmente doctoral, es tal vez el tema central. Sin embargo, por importantes que sean estos centros de excelencia, es en las universidades a nivel de postgrado donde en definitiva estaremos en condiciones de poder avanzar con mayor rapidez.

El continente

Sin embargo, si deseamos progresar en materias de ciencia y tecnología, creo esencial que debemos coordinarnos con nuestros pares latinoamericanos, particularmente con Brasil, Argentina y México. Europa, como en otras materias, nos da aquí también su enseñanza. La forma en que los estudiantes a nivel de las distintas universidades europeas van de una a otra cambiando, siguiendo una misma profesión en distintas universidades, no se condice con la dificultad de un estudiante nuestro para cambiarse de la universidad A a la B. Y para qué decir la posibilidad de pensar en un intercambio a nivel latinoamericano.

Comencemos, entonces, por lo menos a nivel de postgrado, donde creo que tenemos mayores posibilidades de avanzar con mayor rapidez.

Si trabajamos juntos con estos países para tener bases comunes de evaluación, criterios de calidad en programas doctorales y difusión científico-tecnológica, estaremos, creo, dando un paso tremendamente significativo en la forma de poder aproximarnos a los desafíos que en este ámbito tenemos a nivel mundial.

Me gustaría invitarlos a que nos atrevamos a apuntar decididamente a una región donde hay una libre circulación de los talentos, en último término, esa será la característica de este siglo XXI que estamos comenzando.

Esa libre circulación de talentos que tuvo lugar a escala nacional en cada uno de nuestros países, en este siglo XXI va a tener lugar a lo menos a nivel latinoamericano, sino mundial.

Y en ese contexto, o participamos de esa libre circulación o vamos a ir teniendo una autarquía que nos va a ir jibarizando en nuestra capacidad de creación y ampliación de las fronteras de nuestro conocimiento.

Por cierto, tenemos un desafío mucho mayor respecto a los países desarrollados. Allí, tal vez, impulsar proyectos horizontales, concretos, específicos, viables y que, sobre todo, respondan a los intereses de ambas partes de una manera equitativa.

Tenemos ámbitos en los cuales hemos tenido un fuerte desarrollo, no digo que seamos iguales al de los países desarrollados, pero tenemos posibilidades de poder participar en proyectos específicos de una manera más equitativa.

Institucionalidad

Todo lo anterior creo que nos obliga a pensar en una nueva institucionalidad para el sistema nacional de ciencia y tecnología, que garantice el uso justo y priorizado de

nuestros recursos, así como la participación activa de todos sus protagonistas.

Debemos dar una lógica país a estos esfuerzos y superar las prácticas aisladas que dispersan nuestra energía y restan eficiencia a nuestro quehacer.

Chile necesita un eje sustentador en ciencia y tecnología, que dé coherencia a la totalidad de sus fondos, estableciendo una directa relación de éstos, de los fondos, con las prioridades que como Estado-nación definimos permanentemente para nuestro desarrollo.

Si lo pensamos bien, el desarrollo institucional de Chile en estas materias, en el siglo XIX, estuvo basado fundamentalmente en lo que se hacía en torno a la Universidad de Chile. Luego, el surgimiento de nuevas universidades con una clara vocación pública, la Universidad Católica, universidades regionales, pero en reconocimiento a la mayor sofisticación del sistema, es que surge en la década del 60, en el siglo XX, la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT, que fue la respuesta institucional a la mayor complejidad de la ciencia y tecnología que tenía lugar en el país.

Cuando hoy entendemos la participación del mundo privado, la necesidad de incorporar el desafío de regiones, la necesaria coordinación o colaboración y desafío que tenemos con el mundo latinoamericano, y la necesidad de desarrollar algún tipo de proyectos horizontales a nivel internacional con un mundo más desarrollado, y cómo estamos capaces en generar la participación activa de todos sus protagonistas, acordes con el mayor desarrollo que han tenido cada una de nuestras disciplinas, es donde creo que es el momento de mirar cómo podemos pensar en una institucionalidad que dé cuenta de lo que tenemos hoy, de mayor complejidad del pasado, producto del avance y la mayor riqueza que tenemos, una comunidad científica, las universidades, el Estado con sus agencias especializadas, el Instituto de Chile con sus academias, las sociedades científicas, los centros de excelencia que han ido emergiendo, los investigadores, y agreguemos también entonces empresarios, estudiantes, estudiantes de postgrado, que han de ser los principales protagonistas de esta gran tarea nacional.

Ellos han de ser también la sustentación para que este tema fundamental alcance el rango y la representatividad necesaria que se requiere para instalar en la agenda pública el desarrollo de la ciencia y la tecnología, de las bellas artes y la cultura, como un referente fundamental e ineludible de transformación de la sociedad chilena.

Finales

¿Qué quiero decir con esto? Quiero señalar que por mucho que sea el esfuerzo de un gobierno por colocar estos temas, colocarlos en la agenda de la preocupación ciudadana es tarea de todos nosotros, de la comunidad científica, de las universidades, del Instituto, de las academias. En otras palabras, si queremos de una manera efectiva dar un salto cualitativo en esta década, porque a los que aquí estamos nos parece esencial para el desarrollo del país el avance de nuestra ciencia, nuestra tecnología, nuestras disciplinas, tenemos que ser capaces de hacer un tremendo esfuerzo porque esto está en la agenda del debate público cotidiano.

Que no parezca como un hecho accesorio, que es importante decir al final de un

discurso de una manera retórica. Sí, ciencia y tecnología también. Si lo hacemos de una manera distinta, creo que el país podrá comprender que en este siglo XXI, cuando tanto se habla del desarrollo del conocimiento, eso no es una frase, es una realidad, y el desarrollo del conocimiento implica el desarrollo de aquello a los cuales cada uno de ustedes han destinado y dedicado su vida.

Por eso me parece tan importante cuando el Instituto de Chile planteó como un desafío hacia el 2010 la posibilidad de dos tareas que me parecieron de particular relevancia, a las cuales se ha referido el presidente. Una colección de publicaciones que realicen las 6 academias, que en el fondo es un esfuerzo por definir cuál es el estado del arte en Chile, cuál es el estado del arte que nos permite a partir de lo que tenemos mirar hacia adelante lo que podemos proponernos. Y es allí, entonces, donde en esa segunda parte, de mirar hacia adelante y lo que nos proponemos, la posibilidad de tener un congreso científico a nivel latinoamericano, con los pares de ustedes, en donde poder plantearnos el de qué medida este estado del arte de lo que hemos logrado aquí, de lo que han logrado otros, nos puede permitir fijar un horizonte de trabajo futuro.

Por eso es que nos parece que para caminar con lucidez en este mundo en cambio, requerimos del conocimiento que contribuye a crear y difundir este Instituto de Chile y de cada una de sus academias, el cual de esta manera se está comprometiendo con la gran empresa que en el ámbito del conocimiento requiere la consecución de las metas que el país se ha trazado para su Bicentenario.

El pensarse a sí mismo para el país es una tarea no menor; el pensarse a sí mismo a una sociedad, es la única forma que una sociedad puede visualizar el cambio indispensable para mantenerse en la frontera del conocimiento científico y tecnológico; el pensarse a sí mismo, en último término, es la única posibilidad que tiene toda sociedad humana de asegurarse que no quedará simplemente en el presente, sin posibilidades de pensar al futuro; pensarse a sí mismo implica ver aquello que hoy día nos define un determinado orden social y la forma de perfeccionarlo, y si lo perfeccionamos, la mutación, el cambio, es la consecuencia lógica.

Por todo esto, con gran satisfacción acepté venir a participar cuando usted, señor presidente, en nombre del Instituto, tuvo la amabilidad de invitarme a participar con ustedes en esto que han denominado la inauguración de su año académico. Creo que al hacer de esto una tradición, puede ser tal vez un buen punto de referencia para evaluar nuestros avances, nuestras limitaciones, nuestros logros, pero tal vez, más importante, para contribuir a que en la agenda pública estos temas estén en el plano que le corresponde.

Excúsenme si concluyo con una anécdota, pero que creo que refleja lo que quiero decir. Hace muchos años atrás en España debatían si entraban o no a la Unión Europea, un debate largo, extenso, y el Presidente español de la época me comentó "lo único malo que hemos descubierto, que no calificamos, porque para estar en ese club hay que destinar el 3% del Producto Geográfico Bruto a ciencia y tecnología, y nosotros sólo estamos en el 1.5; estamos negociando cuánto tiempo nos dan para ponernos al día". Digo esto, porque nosotros ahora modestamente lo que nos estamos proponiendo es llegar al 1.5. Esa es la realidad del punto del cual partimos.

Y, en consecuencia, creo que todavía lo que tenemos por delante es un tremendo

desafío, pero, en último término, más que de la voluntad de un gobierno o de un Presidente, es de la capacidad de la comunidad científica, cultural, del cultivo de las bellas artes, el poder colocar estos temas en el centro de un país. Después de todo, si lo hacemos, a lo mejor tenemos buenos motivos para estar contentos cuando cumplamos 200 años. Muchas gracias.